



## El momento decisivo.

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

En este día dejemos que la Palabra de Dios nos dirija para comprender la manera en que el Señor nos llama a su servicio. En el camino de permitir que nuestra vida produzca los frutos para la cual ha sido creada, como creaturas de Dios y como bautizados, podemos confrontarnos sobre las decisiones que cotidianamente tomamos. Cada una de ellas, es un momento decisivo para permitir que el Señor recoja el fruto a su tiempo.

En la primera lectura, podemos encontrar un elogio a la decisión humana. Es interesante ver como en una cultura patriarcal, se resalta a la mujer como imagen del pueblo de Dios. En la mujer hacendosa y guiada por el temor de Dios, se puede ver reflejada la vocación de toda persona. En este marco se centra la respuesta, que la persona de fe asume en correspondencia con el testimonio que está llamada a ofrecer en medio del mundo. En lo sencillo del trabajo cotidiano, se puede lograr irradiar la fe en su Señor. De aquí podemos asumir que la sensibilidad de la fe, transforma los esfuerzos cotidianos en obra maestra que se proyecta al servicio, “trabaja con sus hábiles manos” (Prv 31,13) y “abre sus manos al pobre y las tiende al desvalido” (Prv 31,20). Esta actitud viene de entender nuestra vida, como un encargo de Dios para que podamos ser en el mundo signos de su presencia. Dios tiene confianza en nosotros, “Llamó a sus servidores de confianza y les encargó sus bienes” (Mt 25,14).

Esta confianza para buscar y sembrar el Reino de Dios y su justicia, no es algo sólo de un momento determinado en el tiempo cronológico, sino más bien una actitud de vida que identificamos en el tiempo de salvación, aquí y ahora, por lo cual celebramos el “Día del Señor”. Esta perspectiva, nos hace comprender el anuncio que hace el apóstol san Pablo a la comunidad de Tesalónica: “A ustedes este día no los tomará por sorpresa” (1 Tes 5,4). Para vivir en la alegría y la esperanza que nos comunica la Palabra recordemos algunas enseñanzas de la Iglesia, sobre el domingo. El Papa Juan Pablo II, en la solemnidad de Pentecostés de 1998, cuando dirige a la Iglesia la carta apostólica “Dies Domini” habla sobre la santificación del domingo. De ella parece oportuno resaltar algunos puntos que están en conexión con lo que nos ofrece la liturgia de este domingo, ya que es necesario que en nuestras decisiones cotidianas, podamos aprovechar la gracia que se nos ofrece en la eucaristía dominical para que nuestros talentos produzcan su fruto.



1. El cristiano sabe que no debe esperar otro tiempo de salvación, ya que el mundo, cualquiera que sea su duración cronológica, vive ya en el último tiempo. No sólo la Iglesia, sino el cosmos mismo y la historia están continuamente regidos y guiados por Cristo glorificado. Esta energía vital es la que impulsa la creación, que «gime hasta el presente y sufre dolores de parto» (Rm 8,22), hacia la meta de su pleno rescate. (Dies Domini, n.75)
2. El cristiano, tiene viva conciencia de la novedad y originalidad del domingo, día en el que está llamado a celebrar la salvación suya y de toda la humanidad. Si el domingo es día de alegría y de descanso, esto le viene precisamente por el hecho de que es el «día del Señor», el día del Señor resucitado. (Dies Domini,n. 82)
3. De domingo en domingo, la comunidad cristiana iluminada por Cristo camina hacia el domingo sin fin de la Jerusalén celestial, cuando se completará en todas sus facetas la mística Ciudad de Dios, que « no necesita ni de sol ni de luna que la alumbren, porque la ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el Cordero » (Ap 21,23). (Dies Domini,n.84)
4. El Espíritu despierta su memoria y actualiza para cada generación de creyentes el acontecimiento de la Resurrección. Es el don interior que nos une al Resucitado y a los hermanos en la intimidad de un solo cuerpo, reavivando nuestra fe, derramando en nuestro corazón la caridad y reanimando nuestra esperanza. (Dies Domini, n.85)

De esta manera miremos con esperanza la parábola de los talentos ofrecida en el Evangelio que meditamos en este día. Dios al llamarnos a la vida ha tenido confianza en nosotros y nos ha dado la posibilidad de servirle. Dice que el Señor los llamó y “a uno dio cinco talentos, a otros dos y a otro uno, a cada cual según su capacidad” (Mt 25, 15) para vivir en la esperanza es importante que no centremos nuestra mirada en el número de los talentos recibidos, sino en su procedencia y en la capacidad que tienen de producir. En la tarea de proponer el Evangelio al mundo, la Iglesia enfatiza en que el Señor ha dotado a todos sus hijos e hijas con dones y carismas, y que los sostiene en la gracia.

Es aquí precisamente en donde debemos identificar cada talento recibido. Por ello entendemos que no se trata de comparar nuestros talentos con los de otros, sino en vencer el miedo y desterrar las excusas que nos impiden entrar en relación con nuestro Dios. Reconociendo en cada Talento la gracia, sabemos que ésta debe ser custodiada y restaurada, lo cual sólo se logra en la íntima relación con Dios. Sostenidos en la oración eclesial, pidamos al Espíritu de Dios para que nos mantenga vigilantes en la búsqueda y al servicio de nuestro Dios, para que de esta manera, podamos ser hallados en la gracia delante de Dios, y podamos también escuchar de boca de nuestro Señor: “te felicito siervo bueno y fiel... entra a tomar parte en la alegría de tu Señor” (Mt 25,21). Confiemos nuestra vocación cristiana a la protección de quien supo permanecer como sierva fiel del Señor y fue hallada llena de gracia. Que la Bienaventurada Virgen María, madre de Dios y madre nuestra, nos acompañe en los momentos decisivos de nuestra vida; es decir siempre.